

Mis paradojas

GRACE MIRANDA*

Como coordinadora de un departamento psicopedagógico considero de gran importancia mantener una mirada constante hacia mi interior con actitud autoreflexiva para reconocer mis limitaciones, mis carencias, mis talentos y tesoros. Para ponerlos de manifiesto en el trabajo y en mis relaciones interpersonales. Creo que ello me facilita la búsqueda de alternativas que me enriquezcan y fortalezcan. Esto me lleva a tener claridad de mis aciertos a la hora de aplicarlos.

Me ha resultado fácil escribir el primer párrafo de este escrito; ponerlo en práctica, no tanto, ya que las resistencias y las situaciones incómodas aparecen a menudo.

Me resulta fascinante darme cuenta de que tanto en mi desarrollo profesional como personal soy y he sido una caja de sorpresas. En cada mirada hacia mi interior encuentro algo novedoso, aunque no siempre corro con la suerte de que el nuevo descubrimiento llene mis expectativas... a veces sí, a veces no.

El taller de Recuperación de la práctica educativa que tomé en el Colegio Guadalajara (2000-2001), ha sido un espacio que me ha permitido abrir mi caja de sorpresas, me ha acercado más a mi verdad y a mi realidad, me ha impulsado a valorar mi persona, mi trabajo, mis errores, mis aciertos y mis paradojas. Ha sido una oportunidad para conocerme más, desde la que soy y no sólo desde la que me gustaría ser.

Este escrito lo he titulado, precisamente, “Mis paradojas”. Tengo tendencia a esconder lo negativo, lo que me hace sentir vergüenza, mis fracasos, por ejemplo. Ahora sé que soy un poco de todo, de tal suerte que si eliminara una parte de mí, le restaría plenitud a este todo que me conforma. Aun mis debilidades y mis fracasos me enriquecen, forman parte importante de mi ser. De alguna manera este taller me ha brindado la oportunidad de perderle el miedo a mostrar mi totalidad... mi humanidad.

Los roles que desempeño

Uno de mis grandes placeres en la vida consiste en ser capaz de moverme en diferentes estilos, actividades y roles. En ocasiones juego a observar desde fuera para tomar conciencia de la manera como vivo y me desarrollo en los distintos momentos y circunstancias. Me sorprende al encontrarme llena de actividades y vivencias, con las que disfruto, gozo, sufro y me apasiono. Ya sea la mirada al interior de mi hogar, contemplando mi maternidad, a mis dos pequeños o mi relación de pareja, en donde día a día se me presenta una oportunidad de crecer desde la riqueza de nuestras diferencias y desde la construcción de un horizonte común; o la casa paterna donde no dejo de ser la hija chiquita, con todas sus implicaciones, como el hecho de que todavía quieran intervenir en las decisiones im-

** Licenciada en Ciencias de la Educación por el ITESO. Cuenta con un postgrado en Desarrollo Humano como facilitadora de grupos, es también psicoterapeuta Gestalt y de Reiki. Tanatóloga.*

Para mí un buen acompañamiento y la facilitación del desempeño de un grupo consiste en atender de manera equilibrada tanto la relación interpersonal como la tarea

portantes de mi vida. También me acerco a mi ser profesionalista, en donde el rol de coordinadora del Departamento Psicopedagógico conlleva organización, creatividad y trabajo en equipo. En fin, creo que cada una de mis facetas es parte de mí y de mi realización como persona.

En torno a mi relación de pareja me siento viviendo en una época de rupturas y cambios respecto al rol de la mujer. Antes la casa era el mundo de la esposa y el mundo era la casa del hombre, de quien dependían las decisiones de la mujer. La sumisión y la abnegación eran características que la enaltecían si quería ser una “buena mujer”; sus derechos eran nulos y sus obligaciones abundantes. Curiosamente hablo en tiempo pasado, quizá son mis ganas de creer que en la actualidad a las mujeres se nos ha reconocido nuestra dignidad, nuestros derechos, nuestro potencial y nuestra capacidad de colaborar en la transformación del entorno, más allá de cuatro paredes. No tengo nada en contra del valor del hombre, sin embargo, me inclino por la igualdad de los géneros. Abogo por la igualdad de oportunidades, por la del valor que poseemos como personas, por la de nuestra capacidad intelectual, nuestra creatividad y sensibilidad. Me refiero a esa igualdad en la que nos podemos dar la mano y, unidos, construir un mundo mejor, sin perder el tiempo en tratar de demostrar quién vale más o quién puede más sino simplemente caminar y edificar una sociedad más justa, más igualitaria y comprometida. Esto es tema recurrente del diálogo con mi pareja, y nos lleva a plantearnos hasta dónde y cómo luchar contra los aprendizajes adquiridos desde pequeños en nuestras familias, que no apoyan precisamente esta postura. Para ello es clave la comunicación ya que hay aspectos que pensamos y acordamos y, sin embargo, por nuestras historias personales, los vivimos de otra manera, entonces, surgen las confusiones, los malos entendidos, por tal razón, es fundamental la claridad y la expresión de nuestros sentimientos.

Respecto a mi ser “mamá”, es imposible desvincular cada momento de mi vida de este hermoso don que Dios me regaló: la maternidad. Y digo hermoso, no porque todo sea fácil sino

porque ha significado un baúl de misterios donde he encontrado de todo: el amor incondicional de mis hijos, un “te quiero” de mi chiquitina que comienza a hablar, la preocupación constante por su bienestar, el sufrimiento y la impotencia cada vez que se enferman o que sus ojitos están tristes, o esa paciencia y esa dulzura que salen de mi corazón; o los ratos de intolerancia e impaciencia que también provienen de mi mismo corazón y, finalmente, la culpa por no ser una mamá ideal.

Las paradojas también rodean mi práctica educativa. Cuando tu jefe te contrata para un puesto da por hecho que “eres la persona indicada y mejor capacitada para desempeñarlo”. Llenar las expectativas no es tarea fácil, no se diga de tu equipo de trabajo, que espera una respuesta atinada a todo lo que surge, o la institución, que con su ritmo acelerado, no puede esperar si algo se te “atora”. Hay que dar respuesta tanto a lo urgente como a lo importante.

Con respecto a mi desempeño profesional, mi trabajo es un espacio en donde mi ser se proyecta sin reservas, no puedo ocultar mi estilo ni mi personalidad ni el sello con el que marco mis relaciones interpersonales. Actualmente mi principal función es la dirección del Departamento Psicopedagógico del Colegio. Coordino a todos los psicólogos y pedagogos que están a cargo de las secciones de kinder, primaria, secundaria y preparatoria, así como los diversos proyectos que se desarrollan en torno al departamento: admisión, seguimiento de alumnos (casos), seguimiento de maestros y capacitación, desarrollo cognoscitivo, desarrollo humano, evaluación y academias.

Por todo lo anterior, no puedo separar el trabajo de mi vida personal. Para mí un buen acompañamiento y la facilitación del desempeño de un grupo consiste en atender de manera equilibrada tanto la relación interpersonal como la tarea, es decir, es importante crear un ambiente de atención y de confianza, lo cual ayuda a la persona a sentirse tomada en cuenta más allá de su quehacer y, a la vez, propicia la buena disposición para desarrollar sus competencias en pos de mejores resultados.



Oraciones olvidadas

En esta concepción confluye mi experiencia de ser mujer y los distintos roles que desempeño en la vida. Considero que lo que hago no es casualidad, ya que mis elecciones van encaminadas a la búsqueda de respuestas a mis interrogantes e inquietudes. Mi reto actual es encontrar día a día el equilibrio, la armonía y la integración, para evitar la división entre mis facetas. Todo ello desde mis paradojas.

Un poco más de mi historia

El primer contacto que tuve con la vida fue a través de una madre valiente que superó el dolor de un parto natural sin anestesia, ante el gozo de una nueva vida, la de su chiquita, y de un padre con cara de sorpresa, admiración e inmensa alegría porque, por fin, después de cinco partos que no pudo presenciar por sus múltiples viajes de trabajo, le fue posible estar en el parto de uno de sus frutos y fue, ni más ni menos que el mío, en el de su “changuita”, pues así me llamó cuando me abrazó por primera vez. Este acontecimiento fue pauta para una relación muy especial con mi papá.

Comenta mi mamá que cuando chiquita fui una niña “tranquilita” y poco “berrinchuda”. Mi madre se fue acostumbrando a tener una hija “bien portada” con quien no tenía que “bata-llar” para obtener lo que de ella quería.

Nací en Uruapan, Michoacán. Sólo nací ahí porque mi mamá se iba a parir a la ciudad más cercana al pueblo de donde realmente soy: Nueva Italia. Viví los primeros seis años de mi vida en ese pueblo, llenos de experiencias agradables y dolorosas. Fueron vivencias que me presentaron con la vida, con el amor, con el gozo, con la forma en que se debe o se puede salir adelante.

Un factor importante en estos años de mi vida fue el juego. Me recuerdo jugando en el patio que para mí era grandisísimo, con columpios, resbaladilla, sube-baja y, lo más divertido, contaba con algunos de mis hermanos para inventar juegos y hacer travesuras. Vivía una sensación de libertad, de poder jugar a lo que se me ocurriera sin limitación para mi creatividad o para mis juegos inventados.

Cuando tenía seis años nos vinimos a vivir a Guadalajara, y mi vida fue cambiando con la adaptación a la vida citadina, aunque se mantuvo el sello de la vida en el pueblo con aprendizajes muy profundos sobre todo en lo tocante a la sencillez de mi persona y la capacidad de relacionarme por igual con todo tipo de gente: rica o pobre, culta o ignorante.

Al crecer me hice experta en adivinar las expectativas y los deseos de mis padres con respecto a mí, lo cual no resultaba difícil porque ya había aprendido que para ganarme un lugar especial ante mis papás, tenía que agrandar y sobresalir. Siempre he sido hábil en el deporte y responsable en los estudios. No me era difícil obedecer sus reglas o peticiones porque para mí era claro el binomio obediencia-reconocimiento, reconocimiento—obediencia, reforzado en buena medida por el estilo educativo tradicional del colegio donde estudié. Además el personificar a la hija con la que siempre soñaron, me traía ganancias secundarias: cero conflictos con la autoridad, buenas calificaciones, triunfos en el deporte y ser la “chiqueada” de mis papás. Mi esencia estaba diluida en ser una sombra de mi mamá o la continuación de su vida.

Qué paradoja, yo pensaba que mi vida era una eterna primavera, que todo era color de rosa, que el mundo era perfecto y que yo era perfecta. Pero conforme transcurría mi adolescencia, me fui descubriendo molesta conmigo misma por otorgarle tanto poder a mi mamá y a todo lo que ella dijera, pensara o sintiera; ello conllevaba el ignorar lo que yo quería, vivía, cuestionaba o negaba.

Ante esta confusión de identidad, comencé a buscar espacios lejos de mi mamá dónde clarificar lo que me pasaba. Dejé la universidad a la que mis papás me inscribieron, me cambié al ITESO, a donde siempre quise entrar. Ingresé a un diplomado en Desarrollo Humano que tomaba a la par de mi carrera; me hice de un grupo de seis amigas que eran muy “libres”, “confrontadoras” y “auténticas”. Como respuesta, mi mamá me comenzó a mandar mensajes directos e indirectos de que yo estaba cambiando mucho (le echaba la culpa a todo el mundo) y que

no me reconocía, ya que estaba muy rebelde. Comenzó a reprobarme lo que yo hacía, decía, o cómo me vestía.

Entiendo que perdió a su hija perfecta, manejable, sumisa e incondicional. Ahora lo puedo escribir y comentar, pero han sido años de una lucha constante entre la demanda de aquella niña obediente y mi inmensa necesidad de separación y encuentro con mi persona más allá de sus expectativas y del deber ser o hacer.

Al igual que yo, mi mamá también es una paradoja, es decir, la admiro porque de ella aprendí muchas cosas valiosas en la vida: mi optimismo, mi espíritu de lucha por conseguir lo que me propongo y mi alegría; pero también tiene otras cosas que no me gustan: el ser exigente, moralista y controladora, por ejemplo. Creo que esto es lo que más me confunde. La admiro, la quiero y a la vez pienso que mi persona, mi vida, mis sueños y mis expectativas no cubren su ideal de hija, porque no pienso igual que ella ni tengo sus mismos anhelos. A veces siento que ya lo superé y lo celebro, pero de repente vuelvo a entristecerme o enojarme por algún acontecimiento o diálogo controvertido con ella. En esos momentos sale mi niña interna, temerosa e insegura, que de repente se siente abandonada y con necesidad del cariño y el reconocimiento de su mamá, que es tan alegre, segura, fuerte y, que al voltear para arriba, mi “yo” pequeño, la ve gigante e inalcanzable. Es cuando a ese “yo” le dan ganas de encontrar a alguien que le de seguridad con palabras cariñosas y tiernas, que la acoja con su escucha y preocupación, que le pregunte cómo te sientes y le confirme que no la va a dejar sola. Y entonces le hace a los demás lo que le gustaría que le hicieran: preocuparse excesivamente por el prójimo, ver cómo están y qué les hace falta.

Es mi desencuentro constante entre la parte niña y la parte adulta lo que me invita a rebelarme, a pelear, a autoafirmarme, a adquirir seguridad para enfrentar los sinsabores de la vida y romper las expectativas, aun de los seres más queridos. Es mi búsqueda de autenticidad y libertad.

Bien dice el dicho que libertad implica responsabilidad. Sentirse más libre de decidir, opi-

nar y vivir, en ocasiones produce miedo, ya que no se puede culpar a los demás de los propios errores o equivocaciones. Pero finalmente vale la pena correr el riesgo.

Mis supuestos

Al sentir la necesidad de responder ser congruente con mi libertad, empecé a profundizar en torno a la llamada psicología humanista, con el afán de conocerme y comprenderme más, lo que marcó un nuevo rumbo en mi preparación profesional: pasé de ser licenciada en Ciencias de la Educación, a psicoterapeuta gestalt y de grupos.

En mi carrera tuve excelentes maestros, de esos que enseñan con su vida, que me ayudaron a desarrollar mi capacidad de crítica, a aprender a aprender. Esto último fue todo un proceso de reconstrucción, ya que mi sistema de asimilar la información había estado fundamentado en la memorización y la repetición de contenidos. Mi concepción de la educación tomó un matiz diferente. A mi modo de ver, mi estilo es una combinación entre lo que propone el constructivismo, donde lo más importante es la construcción del aprendizaje significativo a partir de la participación activa del educando y una concepción humanista de la educación, donde el interés está puesto en el valor de la persona y las relaciones interpersonales.

En mi acercamiento a la psicología humanista aprendí que podía enojarme y que la gente me seguiría queriendo, que podía equivocarme sin que ello significara fracaso en la vida, que si veo mis errores como oportunidades puedo crecer y, sobre todo, aprendí a buscar y mantener relaciones interpersonales profundas, basadas en la confianza, la comunicación, la aceptación y el respeto.

Estoy convencida de que quiero promover un estilo de relación basado en la reciprocidad, donde mis encuentros con los otros sean auténticos, de enriquecimiento mutuo y motivo de crecimiento, donde haya aceptación de conflictos, molestias, diferencias y asperezas, pero también apoyo, reconocimiento, aceptación y la identificación. Suena bonito pero no es senci-

Establecer contacto con el otro o con un equipo de trabajo no es juego sencillo sino apertura a la honestidad y compartir fraternalmente el trabajo, los objetivos y las preocupaciones humanas

llo, lo que a mí más me ayuda es ser yo misma y, principalmente, mantenerme en una continua autoexploración y en un proceso consciente de crecimiento personal, ya sea con terapia personal, grupal o talleres que me ayuden a recuperar proyecciones y acercarme a los demás sin tantos juicios.

Liderazgo: mandar o dirigir

Uno se va construyendo a lo largo de la vida con tropiezos y aciertos que dejan aprendizajes que nunca se olvidan. Mi historia personal se encuentra presente en cada uno de los ingredientes que componen mi “ser coordinadora”. Me reconozco tratando de equilibrar día a día mi ser y mi quehacer. Para mí es muy importante mantener una actitud de continua autoevaluación, introspección, reflexión, reconocimiento de las diferencias y apertura a la retroalimentación del otro.

En el inicio de mi desempeño en mi nuevo puesto tuve dificultades en la relación con algunos integrantes del equipo, ocasionadas, según mi punto de vista, por el cambio de persona y de estilo. Ejemplifico esta idea con lo que escribí en mi “diario del maestro”:

Pude escuchar, me hablaron de sus temores previos, y hasta de sus duelos que vivieron por la pérdida de su coordinadora anterior. Con toda la confianza me expresó una persona del equipo que a puerta cerrada hablaban cosas de mí que no eran muy buenas y que ahora descubren que fueron parte de su duelo. Dice que hasta hace pocos días me empezó a sentir como su coordinadora. Este comentario más que molestarme me agrada, tanto por sentir que comienza a haber un mayor nivel de confianza hacia mí, como por clarificar mis sensaciones internas.

A pesar de sentir el rechazo del grupo, gran confusión y temor, procuré abrir un espacio de comunicación para hablar de lo que a mí me pasaba. Poco a poco hemos ido formando un equipo en donde nos sentimos en confianza y en un

ambiente que propicia el intercambio de pensamientos y sentimientos.

Considero que establecer contacto con el otro o con un equipo de trabajo no es juego sencillo sino apertura a la honestidad y un compartir fraternalmente el trabajo, los objetivos y las preocupaciones humanas. Es una forma de mantener la integridad y fortalecer la autoestima en crecimiento. En la medida en que sea más completo el contacto que podamos establecer con nosotros mismos y con los demás, mayor posibilidad habrá de que nos sintamos valorados.

Al analizar los trabajos en los que me he desempeñado, me doy cuenta de la importancia que le otorgo a las relaciones interpersonales. Mis relaciones laborales trascienden toda norma de unilateralidad y se convierten en encuentros de pares basados en la confianza.

Veamos un ejemplo de una entrevista con una pedagoga:

De hecho lo más importante para mí de esta entrevista no fueron los puntos a tratar, sino lo que siento al platicar con ella. Su presencia y sintonía me inspiran muchísima confianza, cercanía y libertad. Es una persona que me escucha y a la vez me propone, me empatiza y a la vez me confronta. La plática que hoy tuvimos fue más allá de una entrevista de seguimiento, son tiempos que quizá para otros fueran perdidos pero para mí son minutos que “se pierden” ganando un encuentro... Lazos que quedan siempre presentes en el corazón.

Las personas tienen todo el derecho a ser como quieran ser y me encantaría poder decir que me da lo mismo trabajar con quien sea, pero en este momento me ayuda reconocer que me resulta difícil trabajar con una persona a quien siento lejana o de quien no sé nada de su vida, de su manera de pensar o de sentir, por lo que tiendo a propiciar encuentros interpersonales poco formales, con un tinte de humor, en un ambiente agradable. Por otra parte, me es difícil trabajar o relacionarme con personas en las que veo reflejada una actitud distante, autoritaria y cerrada. De regreso con el tema de mis paradojas,

esa soy yo: alegre, abierta y sensible, por un lado; y rígida, autoritaria, distante, por el otro.

Recuerdo que ante la necesidad de cerrarme a la opinión de mi mamá para caminar hacia la autoafirmación, me fui al extremo, pues tomaba solamente en cuenta lo que yo pensaba o sentía, convirtiéndolo en verdad absoluta y, por tanto, caía en la misma posición que tanto he criticado de mi mamá. Poco a poco me he ido sensibilizando ante esta actitud. Ahora, cuando comienzo a sentir que actúo así, trato de hacer algo para calmarme, escuchar al otro y equilibrar dicha tendencia impulsiva y determinista. En ocasiones me resulta difícil, pero me da mucho gusto cuando lo logro.

Muchos años de mi vida los dediqué a justificarme. Para todo encontraba una explicación perfecta de mis actos o una argumentación exhaustiva de por qué siempre tenía la razón en mis ideas, en mis proyectos o en mis resultados. Fueron años de cargar un gran peso sobre mi espalda, de querer aparentar cosas que no eran, y lo peor del caso es que yo ni cuenta me daba, estaba jugando el juego perfecto de “yo estoy bien, los demás están mal”. Creo que aunque lo digo en tiempo pasado, sigue presente, es una parte de mí, pues haber tomado conciencia de este juego no me garantiza que desaparezca, pero me tranquiliza reconocer que no empiezo de cero.

Algo que aparece tanto en mis diarios personales como en los dibujos realizados por las maestras sobre mi práctica, es el matiz humorístico con el que pinto mis sesiones de trabajo. Me agrada descubrir que el incremento de mi sentido del humor coincide con la apertura a la sensación de libertad y espontaneidad hacia la vida. Un ejemplo sencillo es que cuando introduzco la diversión en mi papel de mamá consigo más que cuando quiero ejercer la autoridad con tanta seriedad y acabo gritando, siendo intransigente e inflexible. Así, cuando uno sazona la vida laboral con un toque lúdico, favorece la participación y propicia mayor disponibilidad hacia el trabajo. A la gente le gusta reír y disfrutar lo que hace. El juego y la broma dan una sensación de relajamiento y de apertura a nue-

vas ideas, ya que promueven el pensamiento lateral y la creatividad, es decir, la participación del hemisferio derecho que equilibra la lógica formal del hemisferio izquierdo.

Con tantas ideas y teorías en mi cabeza sobre el desarrollo humano, he ido construyendo paradigmas y estilos humanistas de liderazgo. En los últimos años ha aparecido el *boom* de la aplicación de la inteligencia emocional en todos los ámbitos, traducido en la necesidad de estar en contacto con nuestros sentimientos (desarrollo del hemisferio derecho), con el fin de solucionar de mejor manera los problemas cotidianos y mejorar la eficiencia en el trabajo o en cualquier esfera de la vida.

Esta teoría ha reforzado mi concepción y la vivencia humanista de ser autoridad, la cual trato de implementar tanto en mi vida personal como en la laboral y la productiva. He llegado a la conclusión de que mi vida es un *fluir* entre lo racional y lo emotivo, una búsqueda constante de la armonía. Un verdadero liderazgo está basado en una autoridad fundada en la confianza y alimentada por una relación de amor fraterno. Amor entendido como espíritu de equipo, como respeto por la dignidad del individuo, como apoyo en el crecimiento personal e impulso a la persona para que sea lo mejor que está llamada a ser.

En mi labor como coordinadora trato de mantener abiertos mis sentidos para estar atenta a las demás personas, trato de tomar en cuenta sus ideas, sus sentimientos y sus propuestas, de propiciar un trabajo de colaboración, en donde todos seamos copartícipes en la construcción de objetivos, en la resolución de problemas y en el logro de resultados acordes con las metas planteadas.

Tanto en el desempeño profesional como en la misión de ser mamá estoy convencida de que no importa tanto lo que se dice como lo que se hace. Lo mismo sucede en las instituciones. La gente que nos rodea aprende de lo que somos y de acuerdo con eso nos responde. Es la causa que me lleva a convertirlo en un reto: vivir en congruencia con mis pensamientos, sentimientos y acciones.

La gente que nos rodea aprende de lo que somos y de acuerdo con eso nos responde

Este proceso de recuperación de la práctica ha contribuido al despertar de mi conciencia en varios aspectos de mi vida

Para aderezar este aspecto de mi liderazgo quiero compartir la gran riqueza que mi papá me ha heredado. Él no es un hombre extrovertido ni jacarandoso ni presumido, es un hombre pueblerino, sencillo, sabio y prudente. Sus palabras silenciosas me enseñaron más que mil sermones. Su actitud de vida recta y congruente con sus valores, me inspira a seguir sus pasos porque su andar es firme, decidido y seguro. Admiro su respeto por la vida, por el otro y por lo otro. Me es difícil encontrar en este mundo personas como él que se abstengan de criticar y se preocupen por edificar. Su ejemplo ha sido, es y seguirá siendo una lección de vida para aplicarla en mi vida personal, familiar y laboral.

Mi trabajo me anima, me realiza, me implica un reto de superación personal y a la vez me compromete con el otro. Hay momentos, cuando hago conciencia de mis diferentes roles, en los que dudo si voy por buen camino en mi desempeño como mujer, como: mamá, ama de casa, esposa y profesionista. Me cuestiono si no estaré descuidando alguno de ellos. No me respondo inmediatamente, más bien busco alternativas para hacer mejor lo que hago, organizarme mejor, por ejemplo. Me cuesta trabajo renunciar a alguno de estos roles porque todos son parte de mí. Me encanta tener una pareja, ser mamá y, a la vez, trascender los quehaceres hogareños a través de mi trabajo profesional. Cuando descubro que todavía tengo mucho que dar, aprender y recibir, constato que puedo seguir aportando un granito de arena en la transformación de mi sociedad.

Me siento parte de un equipo en el que soy importante y no precisamente porque sea la jefa sino porque me he dado la libertad de mostrarme desde mis aciertos pero también desde mis debilidades y temores; compartiendo a la vez mis vivencias, coordinando desde mis aprendizajes de vida, desde mis cualidades, aptitudes, defectos, errores y dificultades; tomando conciencia de que soy una persona que tiene mucho por aprender. El intercambio cotidiano con mi equipo me hace sentir llena de sabiduría, de conocimientos y vivencias que hacen que valga la pena levantarme con entusiasmo cada día.

Un aspecto que fortalece en gran medida mi desempeño como coordinadora es el haber alcanzado un nivel de confianza significativo con el equipo. Comparto no sólo una oficina, una junta o un café sino la vida misma. Los dibujos que hicieron los integrantes del equipo dejan ver cómo me perciben en esta faceta. Expresan cercanía de mi parte, apertura, actitud de escucha, armonía, una relación afectiva y un equipo integrado encaminado hacia objetivos comunes. Comparto algunas expresiones de mi equipo:

Quiero decirte que la forma en que recibes mis comentarios, sugerencias, observaciones siempre me hace sentir bien. Poca gente acepta, aunque sean constructivos, este tipo de comentarios.

Para terminar

En este momento de mi vida me veo frente a mi mamá compartiéndole lo siguiente a través de la fantasía:

Mamá: haciendo un balance de todo el cariño y aceptación que recibo de muchas personas, y principalmente de mí misma, me doy cuenta de que no quiero recibir de ti un amor condicionado y supeditado a tus altas expectativas, mas sí necesito tu presencia en mi corazón y en mi vida. Hoy quiero aprender a respetar tus necesidades y aceptarte como eres y, a la vez, respetar las mías sin sentirme culpable o fuera de tu vida. Gracias por todo lo que he recibido de ti, porque con tu terquedad y en ocasiones rigidez, me he sentido con el impulso de empezar un nuevo vuelo... un vuelo de libertad.

Considero que en esta búsqueda de libertad y de dar lo mejor de mí, hay cosas a las que me enfrento con dificultad y, en momentos, con desesperanza. Mi desempeño en cada uno de mis roles, mi ser hija, esposa, madre, amiga y profesionista, implica tomar conciencia continuamente de que hay cosas que no puedo cambiar, otras que sí, pero me resisto, y otras tantas en las que no encuentro el rumbo de una sabia decisión.

Respecto a este trabajo de Recuperación de la práctica educativa he descubierto cómo mi historia personal influye directamente en el desarrollo de mi trabajo profesional. En mi desempeño como coordinadora hay un amplio camino por recorrer, por aprender, por descubrir... valoro los pasos firmes que van dejando huella, así como los vacíos que se transforman en desafíos y retos en la misión que tengo en la vida, de hecho, tomé conciencia de que para mí es muy importante trabajar, más que con proyectos educativos, con las personas y sus procesos profundos. No me extrañaría encontrarme el día de mañana dando terapias o dirigiendo proyectos que tengan más que ver con una orientación emocional.

La vivencia de este proceso de recuperación de la práctica ha contribuido al despertar de mi conciencia en varios aspectos de mi vida. Es muy interesante darme cuenta cómo mi desempeño docente está matizado completamente por mi historia, por mis decisiones vitales y por mi actitud ante la vida. Al haberme dado la oportunidad de echarme un clavado a mi práctica educativa he rescatado de mis "obligaciones laborales" cotidianas o algunas hasta enrutinadas, la maravilla de poder elegir cómo me quiero vivir en mi desempeño profesional y en las funciones a desempeñar. Me siento más libre y creativa al utilizar mis recursos y herramientas para disfrutar y encontrarle sentido a lo que hago. Este trabajo de recuperación de mi práctica educativa no fue fácil y no sólo por lo laborioso sino porque necesité de gran valentía para enfrentarme a cosas o situaciones que no quería ver y que ahora decidí invertir tiempo en resolverlas. Mi mayor satisfacción ha sido que me recuperé a mí misma. Por estos motivos, yo recomendaría ampliamente este proceso a todo docente e incluso a cualquier persona que al hacer consciente su práctica está no sólo en mejores condiciones de mejorarla sino también, de vivirse más libre y más plena.

Para terminar este escrito quiero despedirme desde la que soy: Grace, con una historia, un presente y un futuro que, gracias a los espacios de reflexión en los que he participado, descubro

que no está determinado, que soy como la moneda en mano capaz de aventarse y arriesgarse a ganar o a perder. Que todavía tengo muchas primaveras por delante a la par que muchos inviernos por vivir. Que sólo poseo la certeza de lo que me está pasando en este momento y que dicha certeza me genera esperanza para seguir caminando hacia un mañana que me espera para dar vida: a un proyecto, a la amistad, a una mirada triste, al llanto de mis hijos, a la desesperanza... al amor.



Encuentros (fragmento)